



Cronista Oficial del Real Sitio y Villa de Aranjuez

EN MI BARRIO... EL CERRILLO

Cuando leemos o se hacen referencias a este Real Sitio de Aranjuez por parte de innumerables escritores y famosos, siempre queda en el poso de sus palabras, la hermosura de sus alamedas, paseos, fuentes, palacio, y un sin fin de motivos más. Una cita escrita por el notable literato Padre Baltasar Gracián, sobre las bellezas de este Real Sitio dice lo siguiente:

... pasó a Aranjuez, estancias perpetua de la primavera, patria de Flora, retiro de su amenidad en todos los meses del año, guardajoyas de las flores y centro de las delicias a todo gusto y contento.

Todo eso esta bien, pero sería mejor, si se recogiesen además referencias literarias del Aranjuez urbano y su vecindario, algo que no sucede, pues casi todas se centran en lo cortesano.

Desde la conformación del trazado de Santiago Bonavía ordenado por Fernando VI en el siglo XVIII, hasta el nacimiento del Aranjuez municipal el 9 de septiembre de 1836, cuando el pueblo de Aranjuez no llegaba a las mil almas, el Real Sitio tiene las calles contadas, siendo el crecimiento muy lento.

Sobre el Aranjuez urbano, a finales del siglo XIX comienzos del XX, el vecino Ángel Sánchez-Guzmán, que fue repostero oficial de las mesas del Palacio Real de Aranjuez, nos informa en sus memoria personal, el enclave y la orografía del intrínseco Barrio del Cerrillo y sus gentes, cuando pasar de la calle del Rey era casi ir al confín del mundo.

Entre el Paseo del Secano y el Convento de San Pascual, lo que aún se viene llamando el Barrio del Cerrillo es por la pequeña elevación en la parte de arriba de la semiplazuela que forman las calles de Gobernador y Abastos con su antigua casa en el centro de corredores exteriores llamada del Duende, también esta barriada era conocida y lo sigue siendo por el Barrio Nuevo, que ya era viejo cuando yo lo conocí, así tan ruinoso como en la actualidad, o poco menos.

En efecto, de este Barrio del Cerillo, lo más característico era Casa del Barco o del Duende con sus típicos corredores. Queda en la memoria de muchos ribereños nombres de familias cerrilleras, como: los Paluceros, los Tinacos, los Cocina, los Aranda, el Zupo, el tonto Ocaña, el Guarreta, el tonto la Pandereta, los Peloteros, Elías el Vaquero, el Tío Jolines, el Kiko, el Americano, el Boina, el Tío Cosme, Camarucho, los Villalobos, los Costillines, los Cacharrereros, los Traganiños, los Tragabalas, los



Voleta, Satur y muchos otros más. Y jóvenes que también destacaron en el fútbol ribereño dando las primeras patadas al balón en las eras del Cerrillo, a la sombra de la mítica Casa del Barco; ellos fueron los Veloso, Agüilla, Larita, Goli y muchos más. Pero en esta historia faltan muchos nombres de vecinos o familias que hicieron grande el Barrio del Cerrillo. ¡Cuántas funciones de cine vieron las clases más modestas en este Barrio del Cerrillo! ¡Ah! El Cerrillo, cuanto se habla del Cerrillo, qué fue de él y de los Cerrilleros.

Aquella Casa del Barco, que fue referente del Cerrillo, y que se levantaba desafiante en medio de un inmenso espacio desolado después de la calle del Rey, y acogió a numerosas familias modestas. De ella salía diariamente, con su cesta de mimbre llenas de barquillos, Juanito el Rin para venderlos a cinco céntimos; el destino: las zonas de turismo como el Brillante, el Rana Verde y otros lugares. A él, se le unía Tolo con su caja de tabaco pendiente del cuello, como los clásicos vendedores de tabaco, en busca de los mismos sitios turísticos de la población. Aquellos cerrilleros...

Estas líneas estarían incompletas si omitiésemos la Casa de los Ruanos, conocida también entre los vecinos como la de los Romaneros. Este último nombre le viene por vivir allí ribereños, cuya actividad laboral era la de pesar en el Mercado de Abastos los bultos que traían de los campos los labradores ribereños.

En esta Casa de los Ruanos o de los Romaneros, en su parte exterior, en la esquina de la calle de Abastos con la del Foso, estaba instalada la peluquería de Avelino. Posteriormente, hacia 1965, Ángel Aparicio estableció una cafetería-churrería. El negocio fue regentado por él, su esposa e hijos: Paulino, Geles y Miguel Ángel, quienes día a día atendían al vecindario ribereño. Tiempo después, la familia Aparicio abre al público el llamado Mesón del Jamón. Con el tiempo, por el deterioro de esta corrala fue derribada. A continuación de esa casa aún se mantiene en pie la fachada de otras casas del Cerrillo, guardando su numeración primitiva. Aparicio abrió una nueva cafetería-churrería en el mismo Barrio del Cerrillo, en la propia calle del Foso esquina a Gobernador, donde antaño tuvo la vaquería Eladio y el Tío Jaro. Además, las casas de los Morachos, Caspirri y Antonio, donde al caer la tarde encerraban sus carros, mulas y aperos de labranza.

Hoy, Paulino Aparicio junto a su familia, vuelve al lugar de origen de su negocio, es decir, en lo que fue la antigua Casa de los Ruanos, en el propio corazón del Barrio del Cerrillo. Allí instala otra vez una cafetería-churrería, que aunque sea muy moderna, sigue llevando el título de Cafetería Aparicio, que nos hace recordar a todos la que antaño abrieron sus progenitores en el popularísimo Barrio del Cerrillo.

El barrio es para el vecino un referente importantísimo, es el lugar de la vida que siempre se lleva consigo hasta el final de sus días, allá donde vaya en el futuro.



En otras épocas, decir que un ribereño vivía en el Barrio del Cerrillo, era para algunos sinónimo de gente baja; haber vivido en la Casa del Barco, la Casa Grande o la de los Ruanos era para clases sociales de un nivel superior, equivalente a pertenecer a

una familia zarria o barriobajera, de ahí que muchos escondiesen entonces su lugar de origen. Hoy, en cambio, aún cuando no se ha nacido en esa “parte del pueblo”, para algunos vecinos es un orgullo decir que se ha pertenecido a ella. ¡Qué tiempos más increíbles!

José Luis Lindo Martínez